

0. INTRODUCCION

- 0.1 Arqueología es la disciplina que procura la reconstrucción y explicación de segmentos de historia cultural correspondientes a pueblos y sociedades del pasado a través del análisis de restos sobrevivientes de la cultura material por ellos elaborada; propósito para el cual ha desarrollado técnicas y métodos particulares de trabajo.
- 0.2 La historia cultural que en nuestro medio pretende reconstruir la arqueología, corresponde mayormente a pueblos ágrafos (“bárbaros”, “primitivos”), pero igualmente caen dentro de sus objetivos la de pueblos no indígenas de América, tanto como los productos resultantes de la fusión de ambos. En todos los casos, su problemática se genera con el Descubrimiento, aunque, en el primero, lo extiende hacia atrás en el tiempo, hasta los albores del poblamiento continental. En esta última dirección, aún no se ha materializado un tope definitivo expresable en años, aún cuando por lo general se lo estima acontecido entre 25.000 y 40.000 años antes del presente.
- 0.3 Como los restos culturales con los que trabaja la arqueología son, la mayoría de las veces, fragmentarios, igualmente fragmentarias son las reconstrucciones que produce. Es por ello que en el párrafo anterior hicimos referencia a *segmentos* de historia, y no a un conocimiento que pueda caracterizarse —así en extensión como en profundidad—, por su trazo continuo. Con ello, la arqueología no renuncia a la elaboración de panoramas globales, produciendo, en la práctica, modelos de comportamiento sociocultural generalizables a muy amplias zonas y a largos períodos.
- 0.4 La arqueología evoluciona en la medida en que está capacitada para transferir a la Historia nuevos materiales, y en la de que ésta los capitalice con miras a una mejor interpretación de las realidades socioculturales del pasado y su proyección presente y futura. Esto es particularmente importante en la Argentina, donde las culturas aborígenes han tenido singular gravitación hasta hace menos de un siglo, y cuyas postreras manifestaciones vitales no han sedimentado todavía. Ciertos episodios fundamentales, como la instauración del ciclo cultural de caballo, han quedado insertos en tratos temporales correspondientes al indiscutible dominio de la Historia. Sin embargo, el desenvolvimiento de tan extraordinario proceso no ha quedado siempre ni en todas

partes documentado; y para reconstruirlo con veracidad, será preciso recurrir al método y a las técnicas arqueológicas.

- 0.5 La arqueología argentina constituye una unidad solidaria con la de toda América, nutriéndose conjuntamente con ella en el sustrato común del desarrollo cultural de toda la Humanidad (Prehistoria Universal).
- 0.6 No debemos presuponer que los propósitos y afirmaciones hasta aquí enunciadas hayan sido las mismas que, desde el principio, animaron a sus cultores. Sí pudo haberlos identificado a todos, parejamente, el análisis metódico de los restos materiales, tal vez para la dilucidación de idénticos interrogantes. Pero la orientación en la marcha de los estudios ha variado y ha ido modificándose a través de las épocas y de las tendencias escalonadas en el tiempo. Sin embargo, la arqueología argentina actual tiene sus cimientos en la que se generó en nuestro medio hace ya más de un siglo.
- 0.7 La historia de la ciencia incluye dentro de sus objetivos la captación de tales ciclos de orientación del pensamiento; establecer la situación presente a través del balance de las etapas cumplidas; prever su comportamiento en las futuras.
- 0.8 Como en toda historia, en la presente existen personajes y protagonistas de magnitud variable. No caben dudas en cuanto a que Mitre, Sarmiento y aún Marcos Sastre, han sido ocasionales protagonistas de nuestra arqueología, o por lo menos de algunos aspectos vinculados a su génesis, sin haber sido ellos arqueólogos en oportunidad alguna. Distingamos desde el comienzo, entonces, entre los verdaderos cultores —los arqueólogos—, y aquellos protagonistas ocasionales y esporádicos.
- 0.9 En la génesis y mantenimiento del esfuerzo arqueológico originado en nuestro ámbito, han participado: el arqueólogo puro o profesional, el aficionado y el autodidacto. De todas ellas, la del “aficionado” es la categoría más efímera, ya que carga con la cruz de su afición durante plazos generalmente no muy duraderos. El autodidacta argentino no ha sido siempre extrauniversitario: en mayor o menor medida lo fueron Ameghino, Outes y Ambrosetti, todos ellos cobijados en algún momento por la Universidad. Se trata de un personaje condenado a la extinción en plazo breve. En cambio, siempre habrá coleccionistas, porque el llamado y el prestigio de lo antiguo es demasiado fuerte como para poder prever un abrupto desentendimiento futuro con algo que tanto influjo ha ejercido sobre el espíritu a través de todas las épocas, por lo cual no parece depender de la implantación de modas. Con su carga de logros y fracasos, corresponde que la historia presente sea escrita tomando en cuenta los aportes provenientes de la

totalidad de los actores, responsables del evolucionar de nuestra arqueología y de su estado presente.

- 0.10 Por ello, esta historia abarcará —con pareja acuciosidad—, el campo desbrozado por “naturalistas”, por “cultores de las Ciencias del Hombre”, por “americanistas”, por “prehistoriadores” y por “antropólogos”. Estas nominaciones, en diferentes momentos autoaplicadas por sus abanderados, ya son suficientemente indicativas de los cambios de criterio implícitos que el fluir del tiempo se ha encargado de introducir entre ellos.
- 0.11 Pero una historia no debe consistir en un listado de nombres de personas con el agregado más o menos circunstanciado o pormenorizado de sus aportes dentro del marco de referencia dado por sus respectivas épocas de actuación. La presente aspira, además, a un objetivo preciso, que es el de establecer los yerros y aciertos conseguidos, tanto como el signo de su balance final para el entendimiento de la situación presente, orientando caminos viables para los desarrollos futuros, de modo tal que los yerros no se reiteren, se minifiquen sus proyecciones, y la evolución por venir sea fluída, armónica pero sólidamente fundamentada.
- 0.12 El reconocimiento de las diferentes etapas que jalonan el desarrollo de los estudios arqueológicos en la Argentina, no es fácil, o por lo menos no es fácil ni sencilla la elección de los criterios que servirían para delimitarlas. Existen, por otra parte, muy pocos antecedentes al respecto (Lafón, 1779; Schobinger, 1775; Márquez Miranda, 1636; Núñez Regueiro, 1597), sobre los cuales sean posibles apoyos comparativos. La magnífica obra de Willey y Sabloff (15) es, a pesar de lo que por su título cabría esperar, más una historia de la arqueología realizada por los norteamericanos, que la efectuada por los americanos en su totalidad.

1. LAS ETAPAS

- 1.1 Pero no caben dudas en cuanto a que los criterios delimitantes utilizables han de ser, o bien los generacionales, o bien los metodológicos. Lo primero no implica necesariamente lo segundo, como pareciera a primera vista. Si utilizamos el agrupamiento generacional de los cultores, encontramos que con la aplicación de tal criterio casi no se puede operar, sobre todo en las últimas generaciones, cuyo accionar se superpone. Ya Ambrosetti, un precursor sin lugar a dudas, se consideraba en 1916 integrante de una generación de arqueólogos diferente de la inicial. Delimitó con claridad la existencia de una etapa de precursores (Moreno, Lista, Zeballos, Ameghino), aunque ya por entonces hacía referencia a una "nueva generación" formada por Outes, Torres, Debenedetti, Boman y por él mismo. Por supuesto que, desde nuestra perspectiva actual, el panorama se presenta diferente, y muy pocos negarían hoy la inclusión de Ambrosetti entre los genuinos precursores de la arqueología argentina.
- 1.2 De manera que el establecimiento de etapas mediante el agrupamiento de cultores, o por las generaciones que sucesivamente integraron, no se presenta como una solución aceptable. Tampoco parece ser conveniente la división del tiempo y de los logros alcanzados por la disciplina mediante la aglomeración más o menos armoniosa de los problemas sobre los que aquellos cultores trabajaron: oportunamente veremos que han existido cierto tipo de constantes en las problemáticas por ellos trabajada (alta antigüedad del hombre americano, vinculaciones con el SO de los Estados Unidos, relaciones transpacíficas, influencias amazónicas, etc). que periódicamente han hecho su presentación, a veces fuera de época. No debemos olvidar que nuestra arqueología en general ha carecido de un desarrollo autóctono, estrictamente local —a excepción del fenomenal episodio del que fuera protagonista Ameghino—, sino que no es más que el desarrollo localizado de los problemas de la arqueología americana en general. Ahora bien, el aspecto que más ha variado en estos estudios y que muchas veces ha provocado su rejuvenecimiento, ha sido la cambiante filosofía con que han sido encarados, filosofía que en ciertos momentos ha procedido de Europa, y en otros, ha tenido su foco en Estados Unidos.
- 1.3 Debemos decidir, pues, si habremos de fundamentarnos en una división de hombres, o en una división de los hechos y circunstancias que

constituyeron su entorno, o en una combinación de ambas. Una historia de arqueólogos, puede no ser la de nuestra arqueología. En este particular enfoque, por lo menos, no interesan tanto los temas y problemas tratados, como la suma metodológica con que lo fueron, aspecto éste que en perspectiva histórica es siempre cambiante por depender ante todo de la formación y de las tendencias escolásticas de los cultores.

1.4 Comenzaremos, entonces, reconociendo la existencia de una verdadera etapa de precursores en el desenvolvimiento de nuestra actividad arqueológica. Es la que poco atrás dejáramos señalar a Ambrosetti. Pero ella no ha sido de generación espontánea, sino que hunde vigorosas raíces en un largo y nebuloso período preparatorio extendido entre los siglos XVI y XIX. A esta etapa, que dejamos momentáneamente innominada, no le ha sido asignada hasta ahora la importancia a que es merecedora; más aún, no ha sido señalada por quienes nos han precedido. Ciertamente es que dicha etapa se caracteriza por carecer de arqueólogos según hoy los entendemos, y aún de *anticuarios*, aunque muchos de los interrogantes sobre los que la arqueología actual trabaja sin vislumbrar para ellos una solución definitiva —como el poblamiento de América, el de los orígenes, etc.— ya habían sido magistralmente planteados y esquematizados muy tempranamente (*v.gr.*, Sánchez Labrador, “El Paraguay Católico”, ed. de La Plata, I: 92 y 55). Sin el aporte documentatorio básico recogido y manejado a lo largo de esta etapa de más de tres siglos de duración, la generación precursora a que antes aludíamos no hubiera podido formarse por falta de materiales, de interrogantes y de planteos teóricos, cuya solución era solamente asequible a través de excavaciones o de recolección de materiales arqueológicos. Digamos, pues, que nuestros precursores— Zeballos, Lista, Moreno, etc.— fueron o debieron ir a buscar en el terreno lo que Schmidel, Dobrizhoffer, Falkner o Paucke habían dejado consignado en sus escritos. Incluye esta etapa las inquietudes organizativas de Mitre y de Sarmiento, junto a J. M. Gutiérrez; comprende el reflejo lejano de las obras de Lyell (1864) en el Plata, la presencia inmediata de Darwin en nuestras tierras, la enérgica actividad desplegada por Azara a fines del siglo XVIII en un vasto escenario americano, tanto como los afanes de inventario de D. Filiberto de Mena (1791) y la acuidad investigadora sin par de Francisco Javier Muñiz (1795 — 1871).

1.5 Contamos, hasta aquí, entonces, con dos etapas perfectamente definidas: una muy lejana, caracterizada por la acumulación no premeditada de materiales, pruebas y argumentos (aunque la carga de dudas que deja en herencia, no es menor), de cuya lixiviación habría de alimentarse la segunda, formada por aquellos arqueólogos que llamaremos “románticos”. Pero existe, a nuestro entender, un momento crucial

en la historia de nuestra arqueología, constituido por su acceso al ámbito de la Universidad, del que hasta entonces se había mantenido separada, lo cual acontece apenas iniciado el siglo XX, y por empeños y obra de Ambrosetti.

- 1.6 De manera que hasta aquí hay tres etapas que se perfilan con nitidez absoluta: la Arcaica o Documentativa, que abarca desde 1516 hasta 1872; la Precursora o Heroica, con sus arqueólogos románticos, desde este último año hasta los comienzos del siglo XX, y la Universitaria de allí en adelante. Las demás Etapas requerirán, para su discernimiento, del manejo de criterios más sutiles y tenues, correspondiendo ya a los de una ciencia en evolución plena. Y en base a los planteos que dejamos formulados, pasemos a establecer, a manera de resumen, las diferentes etapas que nos ha sido posible distinguir en el desarrollo de los estudios arqueológicos en nuestro país.

Notas:

- a) La separación entre las Etapas reseñadas y a reseñar no debe ser considerada como un liso plano de clivaje delimitable por fechas, sino imaginado como un abrupto relieve de pilares y fosas en que los límites se interponen y diluyen.
- b) Los límites generacionales no toman en cuenta la edad biológica de los cultores, sino el momento de su inicial producción escrita, que es el único registrable.
- c) Los números entre paréntesis remiten al lector a la "Bibliografía Arqueológica Argentina", constituyendo el número de asiento de la obra respectiva en ese corpus bibliográfico. Este se publica en este mismo tomo, como segunda parte del presente trabajo (aunque puede ser desglosado como una entidad independiente).

1.7 ETAPA I: FORMATIVA, ARCAICA O DOCUMENTATIVA

(1516 – 1872)

Se inicia con la arribada de Solís al río de la Plata (1516) y cierra su ciclo en 1872, año en que se funda la Sociedad Científica Argentina, docta corporación que acogió en su seno a los primeros arqueólogos argentinos (Lista, Zeballos, Moreno, Ameghino, etc), y posibilitó la publicación de sus primeros trabajos. Reconoce varias subdivisiones o períodos, como no podría ser menos, a lo largo de sus 357 años de duración. Se inicia con la

documentación resultante de las entradas de los conquistadores por el este (Solís, 1516), por el sur (Magallanes, 1520; Sarmiento de Gamboa, 1584), por el norte (Rojas, 1543) y por el oeste (Villagra, 1551), a nuestro territorio actual. Menos de medio siglo fue suficiente para que fuera trillado por los conquistadores en todas direcciones y de ello resultara copiosa información referente a los indios y a sus costumbres; también los primeros interrogantes respecto a su pasado y a su origen. Con la acción de estos exploradores y conquistadores —que se corporiza en memoriales, relaciones y probanzas de méritos y servicios—, coincide la de los cronistas de Indias. Cronistas generales fueron Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, que en 1535 comenzara la redacción de una formidable “Historia general y Natural de las Indias, islas y Tierra Firme de la Mar Océano”; Joseph de Acosta, autor de la “Historia Natural y Moral de las Indias”, de 1590; Bernabé Cobo, de la “Historia del Nuevo Mundo”, de 1653; Antonio de Herrera, autor de “Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano” (1600–1615); Francisco López de Gomara, “Historia de las Indias”, 1552. Particular mención merecen de nuestra parte los cronistas del Perú, entre los que descuellan Pedro Sarmiento de Gamboa (“Historia de los Incas”, 1552); Gerónimo Román y Zamora (“Idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la Conquista”, 1575); Diego Fernández, autor de una “Historia del Perú”; Pedro de Cieza de León (“Crónica del Perú”; “Del señorío de los Incas”, 1553); Juan de Betanzos (“Suma y Narración de los Incas”, 1551); Cristóbal de Molina (“Ritos y fábulas de los Incas”, redactada hacia 1574); Martín de Murúa (“Historia del origen y genealogía de los Incas”); Antonio de la Calancha (“Corónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú”, 1639); José de Arriaga (“Extirpación de la idolatría en el Perú”, 1621); Santa Cruz Pachacuti (“Relación de antigüedades deste Reyno del Pirú”, 1613); Garcilaso de la Vega (“Comentarios Reales de los Incas”, 1609; “Historia General del Perú”, 1617); Guamán Poma de Ayala (“Nueva Corónica y Buen Gobierno”, largo tiempo inédito). La influencia que los escritores peruanos han ejercido en aspectos locales de nuestra disciplina ha sido muy grande. Recordemos, al pasar, que a comienzos de este siglo nuestros arqueólogos han estado divididos en “incasistas” y “no incasistas” (Boman *versus* Ambrosetti). Justamente, la afirmación —a veces empecinada— de la dominación incaica en el noroeste argentino, guarda cierta relación con la fe brindada a algunos de estos cronistas primitivos del Perú, a cuya cabeza se ha encontrado siempre Garcilaso de la Vega. No menos significación han tenido y tienen aún para otros aspectos, algunos de los escritores primitivos de Chile, como Alonso de Ovalle, el autor de la “Histórica Relación del Reyno de Chile” de 1646. No desconocemos que la obra de estos autores en algunos casos ha visto la luz varios siglos después de haber sido escrita; pero eso en nada aminoró su importancia potencial ni atenuó sus repercusiones sobre los aspectos arqueológicos: las edades del Pirú, delineadas por Poma de Ayala en sus corónicas, son consideradas por algunos estudiosos actuales como un registro confiable de la evolución cultural de los pueblos andinos, desde una

remota época de “salvajismo” a la esplendorosa etapa imperial.

Fundamentales han sido —y lo son aún en gran medida—, los cronistas del Río de la Plata. Curiosamente, en la conquista de esta región no han actuado cronistas oficiales, aunque sí oficiosos. Descuellan Ulderico Schmidel (“Derrotero y Viaje a España y las Indias”, obra que aunque publicada en 1657, narra sucesos acontecidos entre 1534 y 1554), y Rui Díaz de Guzmán (“La Argentina”), cuya cobertura se extiende de 1512 a 1541, con lo que resulta un buen registro etnográfico—histórico. Deben citarse, además, Alvar Núñez Cabeza de Vaca (sus “Nafragios. . .” se refieren a hechos de 1542); Martín del Barco Centenera (poema “La Argentina”); Reginaldo de Lizárraga (“Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán y Chile”, de 1591).

En fin, nos falta dar cuenta de las entradas por el norte y por el sur de nuestro territorio. Los hechos de la primera corriente han quedado documentados en las probanzas de méritos y servicios de los conquistadores, algunas de las cuales han sido recopiladas por D. Marcos Giménez de la Espada en sus estupendas “Narraciones Geográficas de Indias”, 1883, y por Roberto Levillier en la “Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán”. Relatos sumamente importantes nos han quedado de los descubrimientos australes y de la población aborigen que albergaban esas regiones, en las páginas del caballero Pigafetta (“Viaje en torno del globo”), y en las “Relaciones y Memoriales” del siempre meritorio capitán Pedro Sarmiento.

Desde fines de la Conquista y durante la Colonia, es un nuevo panorama el que se ofrece. Coincidiendo con el expansionismo marítimo de holandeses, ingleses y franceses, sobre el litoral patagónico y fueguino convergen gran cantidad de navegantes de esas naciones merodeando por la región; pero sus observaciones, como no podría ser menos, son ocasionales y fragmentarias. El mito en torno a la raza de gigantes de la Patagonia se genera en tal oportunidad, de lo que existen pruebas arqueo—etnográficas. Pero la información realmente valadera y completa viene de los sacerdotes de diferentes órdenes, especialmente de la jesuítica, que actúan principalmente durante la administración colonial. Entre tantos, es imposible dejar de mencionar a Luis de Valdivia, cuyo “Arte de la Lengua de Chile” es de 1606; a Pedro Lozano, autor de la “Descripción Corographica del Gran Chaco de Gualamba”, impresa en 1733; a Martín Dobrizhoffer, de “Historia de los Abipones”, aparecida en Viena el año 1784; a Florian Paucke, de “Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios mocobíes” (su “estadía” se extendió entre 1749 y 1767); a José Guevara, cuya “Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán”, es de 1750; a José Jolis, de “Ensayo sobre la Historia Natural del Gran Chaco”, de 1789; X. de Charlevoix, autor de la “Historia del Paraguay”, impreso en 1756; Sánchez Labrador, de “El Paraguay Católico”; de José Cardiel, autor del “Diario de Viaje y Misión al rio Sauce”, realizado en 1748; de Bernardo Havestadt, cuyo “Chi-

lidugu" es de 1777; de Thomas Falkner, autor de "A description of Patagonia"; de Juan I. Molina, cuyo "Saggio sulla storia del regno di Chile" es de 1787. De la misma época tampoco pueden dejar de ser citados los escritos de Gerónimo de Pietas, "Noticias sobre las costumbres de los indios araucanos", 1729; de Gómez de Vidaurre, "Historia Geográfica, Natural y civil del Reyno de Chile", 1789; de Antonio de Ulloa, "Noticias Americanas", 1792; de Tadeo Haencke, "Descripción del Perú, Buenos Aires, etc", de 1795.

Deberemos hacer una cita especial en relación con D. Filiberto de Mena, quien durante la época final de la Colonia (1791) realizara algo así como el primer censo de nuestras ruinas arqueológicas. Por mandato de Gerónimo de Matorras escribió una "Descripción historial de la provincia del Tucumán y especialmente de Salta y su fundación, etc.". Se refiere, entre otras cosas, a "monumentos que subsisten de la época del gentilismo", a la "Casa del Inca cerca de Salta", a las "fortalezas que hay en la boca de las quebradas de Purmamarca y Uquía", etc.

Exploradores singularmente importantes de este momento, fueron Basilio Villarino, con su viaje hacia las nacientes del río Negro, y Antonio de Viedma, que efectuó un prolijo reconocimiento del interior y de las costas de la Patagonia, alcanzando hasta los lagos del pie de la cordillera. Viedma y Villarino —junto a Luis de la Cruz—, son los verdaderos develadores del interior patagónico, aunque su acción se haya visto empalidecida por mucha hojarasca anterior y posterior a ellos. En lo tocante a los indígenas, son los primeros en proporcionar noticias fidedignas a su respecto; las páginas de sus diarios de viaje son un venero de importantes informaciones que aún aguardan la expurgación etnohistórica que merecen.

Un tercer momento de esta etapa corresponde a los viajeros científicos, el cual se inicia con Luis de la Cruz, que en 1806 atraviesa la cordillera y las pampas procedente de Chile, dejando una insuperada relación de sus contactos con la cultura indígena. Más tarde nos encontramos con el viaje de Eduard Poeppig, verificado entre 1827 y 1832, posteriormente narrado en la obra "Reise in Chile, Perú und Amazonenstrom", y de vastas proyecciones a la región neuquina. De extraordinaria importancia son las obras escritas por Azara, especialmente sus "Viajes por la América Meridional", aparecida en 1809. Otro tanto puede decirse de las obras de viaje de C. R. Darwin y R. Fitz Roy. Es notable que este capitán inglés haya descrito minuciosamente a los indígenas del sur y sus costumbres, pero más, que también los haya clasificado aceptablemente. La relación de los periplos de ambos están consignadas en la obra "Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo", 1831-1836, y en la "Narración de los Viajes de Levantamiento de los buques de S. M. Adventure y Beagle", escrita esta última en colaboración con P. P. King, hidrógrafo como Fitz Roy. Otro de los viajeros científicos, singularmente interesado en aspectos somáticos y culturales re-

lativos a la población americana autóctona, ha sido Alcides d' Orbigny. De tal interés ha resultado no solamente su magnífica relación del "Viaje a la América Meridional", sino también la obra "El hombre Americano", ancestro de las tablas clasificatorias de Imbelloni, de tanto predicamento en nuestro medio. Tampoco debiera olvidarse en esta contraída reseña el valor iconográfico de las obras provenientes de algunos artistas viajeros, como Mauricio Rugendas, Pellegrini y aún H. Burmeister, los que hallan su complemento en el gran Atlas que para Chile trabajara Claudio Gay.

Obviamente, este vasto proceso acumulativo no es aún "arqueológico"; pero, si no se toma debida cuenta de la influencia que habría de alcanzar a largo plazo, algunas de las características del evolucionar posterior de nuestra disciplina no alcanzarán a comprenderse con claridad. No debe pensarse que la información proveída por cronistas y viajeros peque de "etnográfica" —según nuestra evaluación actual—, ya que durante mucho tiempo los arqueólogos argentinos, como en delirio, han perseguido en sus trabajos de campo la aprehensión de imágenes previamente corporizadas en páginas de cronistas y conquistadores. No se comprenderá nunca el carácter marcadamente "etnohistoricista" —y la chatura de él resultante—, de nuestra arqueología, tan acerbamente criticado durante las últimas décadas, si no es reconociendo el enorme influjo ejercido por esta tremenda masa de información emanante de las páginas de cronistas y viajeros, y que no podía ser ignorado por los precursores. El investigador científico, habituado a evaluar la importancia que para la marcha normal de los trabajos tienen tanto la información como la documentación, ha de estar en condiciones de apreciar el enorme valor que, potencialmente al menos, trasciende de este enorme acopio informativo, ciertamente que entonces no depurado ni decantado. A la vez, está señalando el por qué de la orientación "etnográfica" o "histórica" dada por los arqueólogos argentinos de la primera y segunda épocas a gran parte de sus trabajos, orientación que se ha mantenido inquebrantable hasta tiempo relativamente cercano a nosotros, y que aún prosigue, aunque debilitada; de allí, júzguese la influencia que habrá tenido en su época de esplendor.

Hacia la década de 1860—1870, los prolegómenos de lo que en desarrollos futuros habría de ser nuestra arqueología, quedaron perfectamente delineados. Se trata de dos posiciones mentales ubicadas en planos totalmente diferentes en sus líneas de acción y de orientación: por un lado, papelistas y eruditos bibliófilos; por el otro, naturalistas en el más estricto sentido. Será el accionar directo de ambas corrientes, verificado independientemente, el que habrá de dar lugar, en el transcurso de la década siguiente, al nacimiento de la primera generación de arqueólogos argentinos, orientada hacia problemas cada vez más afines a la problemática arqueológica.

La primera línea de acción (papelista, erudita), se origina algunas décadas antes con Pedro de Angelis, el gran expurgador de archivos, tarea en la

que fuera precedido por Saturnino Segurola. El primero reunió y publicó gran cantidad de manuscritos coloniales referentes a circunstancias en mayor o menor medida vinculadas con las razas indígenas, entre ellas el viaje de D. Luis de la Cruz y su "tratado" referente a los indios pehuenches, tanto como la versión española de Falkner. Siguen después los grandes acopiadores de información, Bartolomé Mitre a la cabeza de todos: formó una vasta biblioteca —difícilmente superable—, destinada exclusivamente al pasado americano. Andrés Lamas, Vicente G. Quesada —su obra sobre el "Virreynato del Rio de la Plata" es una veta inagotable de información sobre los indios—, junto a Juan M. Gutiérrez, son los hábiles papelistas, los eruditos que hurgan afanosamente en la vasta información contenida en archivos locales y del exterior (Buenos Aires, Rio de Janeiro, Sevilla), al parecer sin un propósito claro y definido, estrictamente limitado al gabinete, aunque instintivamente guiados por un afán de dejar un apoyo firme a los que vendrían. La culminación de este momento se produce con Vicente Fidel López, autor de "Les races aryennes du Pérou", obra en la que ya se aprecia en gérmen buena parte de las orientaciones que habría de ostentar luego la naciente americanística argentina: vastas comunicaciones de los pueblos americanos con el resto del orbe, emparentamientos basados en presuntas similitudes, no idiomáticas sino simplemente semánticas, puentes intercontinentales, continentes desaparecidos, migraciones de los Americanos hacia el Viejo Mundo, etc. De esta ola alcanza aún a participar un escritor de talento, amante de antigüedades, cual fuera Paul Groussac.

La segunda línea de acción, fundamentalmente naturalista, se inicia con Francisco J. Muñiz y su tan apasionada como apasionante tarea de extraer restos de animales extinguidos del *loess* de la Pampa: no imaginaba él que vastas repercusiones habría de proyectar su actividad en los desarrollos por venir de nuestra ciencia. Ya hemos de ver en que han de parar los prematuros entusiasmos de Muñiz en las barrancas del pago de Luján; mientras tanto, digamos que la enorme abundancia de restos de tal naturaleza había sido divulgada en Europa a través de las obras de Darwin, d'Orbigny y Woodine Parish. En los museos existía un extraordinario interés en adquirir esos restos, y varios estudiosos, como Bravard, se instalaron entre nosotros (1860), con el exclusivo fin de buscarlos. A poco, fue imitado por F. Seguin, inteligente coleccionista y mercader de fósiles que tuvo la fortuna de hallar los primeros huesos humanos procedentes del terreno pampeano mezclados con huesos de animales extinguidos. Estos huesos fueron vistos por el Dr. Juan M. Gutiérrez, quien comunicó la novedad al Dr. H. Burmeister, entonces director del Museo Nacional, quien desestimó su importancia; finalmente, fueron llevados y expuestos en París en 1867, y en 1872 publicados en el "Journal de Zoologie" por Gervais. Ya por 1869, eran varios "*les chercheurs des fossiles*" que se ocupaban en tal actividad: los hermanos Le Bretón, Manuel Eguía, José Larroque, son algunos de ellos, y no hay que sonreirse por la actividad que desplegaron: la primera ley de protección fue dictada por el presidente Sarmiento, a causa de la gran exac-

ción de esos materiales, cuya exportación se hacía en bloque a los museos de Europa. La llegada y radicación efectiva de Hermann Burmeister, a instancias de Sarmiento, abrió expectativas lamentablemente no fructificadas en los aspectos de nuestro directo interés. La gran excepción —ya mediada la década de 1860— la constituyó Pellegrino Strobel, catedrático, viajero, naturalista; cuyas comunicaciones publicadas en Europa abrieron el interés hacia lo arqueológico proveniente de la Pampa o de la Patagonia. Strobel —conviene destacarlo— llegó a nuestra patria llamado por el rector de la Universidad, J. M. Gutiérrez, y a instancias de un viajero curioso, Paolo Mantegazza. Junto con Mitre y Burmeister formó la Sociedad Anticuaria del Plata, cuyos estatutos fueron publicados, y la Sociedad Amigos de la Historia Natural, que en 1866 quedó transformada en la Sociedad Paleontológica.

Los suizos J. C. Heusser y Jorge Claraz ocupan un lugar muy destacado de este momento. Actuaron en el sur de la provincia de Buenos Aires, donde realizaron detallados estudios geológico—arqueológicos y los publicaron en Suiza, el año 1865 (18a).

Por 1870, el naturalista G. E. Hudson se encontraba en la Patagonia, más precisamente en el río Negro. De su viaje resultó la obra "Idle days in Patagonia", cuya primera edición londinense es de 1893. En el valle del citado río, Hudson halló "depósitos de huesos de animales que habían servido de alimento a los salvajes. Eran de ñandú, guanaco, ciervo, pecarí, liebre de la Patagonia, nutria, vizcacha y otros mamíferos y aves de menor tamaño. Los más abundantes pertenecían al cui (*Cavia*), y al tucu u oculo. Un hecho muy interesante fué que las puntas de flecha que recogí, pertenecían a dos tipos muy diferentes: unas grandes y toscamente labradas, semejantes a las del Paleolítico europeo, y otras bien confeccionadas, o neolíticas, en su mayoría de 2 a 4 cm de longitud. Aquí se hallaban, entonces, los restos de dos grandes períodos de la Edad de Piedra, cuyos últimos vestigios continuaron hasta el descubrimiento y colonización del país. . . Estos estratos profundos, eran indudablemente muy antiguos. . .". Es realmente lamentable que Hudson no nos haya dejado un detalle más pormenorizado de sus observaciones e insistido en estudios de esta índole; indudablemente, estaba en el buen camino. Los materiales que coleccionó pasaron a formar parte de la famosa colección de Pitt Rivers y fueron estudiadas por A. Lane Fox (161 a).

La actividad de los buscadores de fósiles llegó a ser tan intensa entre 1860 y 1870, que originó un verdadero comercio con los grandes museos europeos. Algunos excavadores, como Seguín y los hermanos Le Breton, llegaron a adquirir cierta notoriedad en la explotación de los huesos del pampeano, sobre todo cuando, en asociación a esos restos paleontológicos de respetable antigüedad, comenzaron a verificarse hallazgos de utensilios de piedra pertenecientes a un hombre muy antiguo. Muchos de estos "cher-

cheurs des fossiles” eran simples aprovechadores de las circunstancias y de las expectativas, pero otros, como el nombrado Seguin, a pesar de la ignorancia de que pueden haber adolecido en otros aspectos, no pueden dejar de ocupar el lugar que merecen en la presente reseña. Este comercio de restos paleontológicos tuvo la virtud de encender las iras de Burmeister, quien trabajó cerca del presidente Sarmiento y obtuvo de él las primeras ordenanzas proteccionistas, antes aludidas, creándose además la Sociedad Paleontológica del Plata. En relación a este suceso, y de la mano del Prof. Juan Ramorino —llegado de Italia para reemplazar al Prof. Pelegrino Strobel en la Universidad—, un jovencito singularmente dotado de talento alcanza aún a infiltrarse en las postrimerías de esta Etapa. Se llamaba Florentino Ameghino, y junto a su hermano Juan ha de haber incrementado los magros recursos familiares con la venta de alguna osamenta fósil a algún intermediario. Actitud comprensible en un héroe de sólo quince años. En cambio no lo es de qué manera pudo haberse allegado a la lectura —en 1869! —, de los “Principles of Geology” y “The Antiquity of Man”, ambos de Lyell, teniendo en cuenta que la primera edición francesa de la segunda es de 1864, y que dicha obra era aún ignorada por tan presuntas como presuntuosas autoridades científicas de entonces. También Samuel Lafone Quevedo, arqueólogo precursor de la Etapa siguiente, alcanza a participar de ésta.

Pero creo firmemente que ha sido Manuel Ricardo Trelles, en su “Memoria sobre el origen de los indios querandíes y etnografía de la comarca occidental del Plata al tiempo de la Conquista” (1136), publicada en Buenos Aires en 1863, quien deja preparada una verdadera caja de sorpresas para los componentes de la Etapa siguiente. Son estas observaciones de Trelles las que darán lugar a amplísimas y encontradas discusiones referentes a querandíes y guaycurúes, y a una hipotética “raza del medio” —ni patagónica, ni araucana, ni guaraní— las que crean las primeras dudas en cuanto a la fe merecida por los cronistas de indias, desencadenando las búsquedas sobre el terreno de las que fueron actores Zeballos, Lista, Moreno y Reid, esto es, los más conspicuos integrantes de la primera generación de arqueólogos nucleados en la entonces novísima Sociedad Científica Argentina.

SINOPSIS — ETAPA ARCAICA, O DOCUMENTATIVA (1516 - 1872)

	<i>Línea papalista</i>	<i>Línea naturalista</i>
.... 1872	V. G. Quesada A. Lamas M. R. Trelles V. F. López B. Mitre	Christian Heusser Jorge Claraz G. E. Hudson Juan Ramorino “Buscadores de fósiles”

- 1850 D. F. Sarmiento Pelegrino Strobel
 Saturnino Segurola H. Burmeister
 Pedro de Angelis F. J. Muñiz

- 1800 *Viajeros Científicos*: L. de la Cruz – E. Poeppig
 –R. Fitz Roy– C.R. Darwin –A. d’Orbigny– F.
 de Azara.

- 1750 *Exploradores de la Colonia*: B. Villarino – A. de
 Viedma– A. de Ulloa.–F. de Córdoba.

- 1700 *Escritores religiosos* (esp. jesuítas):
 P. Lozano –M. Dobrizhoffer– F. Paucke– X. de
 Charlevoix– B. Havestadt– I. Molina– L. de Val-
 divia – J. Jolis, etc.

- 1650 Escritores primitivos del los *Reynos de Chile y del*
 Perú

- 1600 *Navegantes extranjeros del litoral argentino* (esp.
 patagónico):
 Schouten
 Le Maire
 Cavendish
 Drake

- 1550 *Escritores peruanos*: Santa Cruz Pachacuti – G. de
 la Vega– G. Poma de Ayala.

- 1500 *Cronistas de la Conquista*: Fernández de Oviedo– B.
 Cobo– J. de Acosta–López de Gomara–U. Schmidel

1.8 ETAPA II: LA ARQUEOLOGIA HEROICA (1872 – 1900)

1.8.1. *Primera generación de cultores*:

Juan Ramorino (1840–1876)
 Santiago Roth (1850–1924)
 Samuel Lafone Quevedo (1835–1920)
 Inocencio Liberani (1847–1921)
 Rafael Hernández
 Julio Toscano
 Doménico Lovisato

Juan M. Leguizamón
Francisco P. Moreno (1852–1919)
Estanislao S. Zeballos (1854–1923)
Florentino Ameghino (1854–1911)
Carlos Ameghino (1865–1936)
Adolphe Methfessel
Adán Quiroga (1863–1904)
Gunardo Lange
Max Uhle (1856–1944)
Juan B. Ambrosetti (1865–1917)

1.8.2 *Caracterización.*

La arqueología de esta Etapa se caracteriza por ser anticuaria en sus métodos, acumulativa en sus fines, precursora en su desenvolvimiento, romántica en su espíritu y en su accionar. Afirmamos que ha sido heroica porque sus cultores carecieron en absoluto de fuentes en las que abreviar conocimientos organizados, y aún así, se esforzaron por encaminar sus afanes hacia posiciones muy por encima de las limitaciones de la época. Todos ellos fueron grandes intuitivos, y teniendo en cuenta la escasez de los recursos puestos a su disposición, ha sido mucho lo que construyeron y prepararon para el futuro. Abarca en su integridad el período del progresismo creciente, generado en el país en la década de los años '80.

1.8.3 *Introito histórico.*

Esta Etapa se inicia en las postrimerías de la presidencia de Sarmiento y abarca las de Avellanera, Roca, Juárez Celman, Pellegrini, Saenz Peña, Uriburu y la segunda de Roca. Durante la presidencia de Mitre habían tenido lugar la guerra con el Paraguay —finalizada en 1870—, y los alzamientos de montoneras del interior. La fiebre amarilla abate a Buenos Aires en 1871. Durante la administración de Avellaneda estalla una grave crisis económica. En 1879, el país se moviliza para la Campaña del Desierto. En el '80, se federaliza Buenos Aires. Entre 1881 y 1883 se realizan las campañas de incorporación definitiva del Chaco y de la Patagonia, con lo que la superficie territorial del país se triplica. En 1881 se verifica el primer conflicto serio con Chile, que colocó a la nación al borde de una guerra motivada por la cuestión limítrofe a lo largo de más de treinta grados de latitud cordillera, entre el cerro Zapaleri y el monte Stokes. En 1890 estalla una segunda gran crisis económica que corta la sonrisa del progresismo creciente y optimista. Todas estas incidencias y circunstancias dan cuenta de un país en estado de agitada efervecencia, en busca de caminos viables para su grandeza; bajo su vigencia, sin embargo, pocas esperanzas debieron haber quedado para el cultivo de disciplinas como la arqueológica, aparentemente inconducente a logros materiales. Aquella generación de argentinos, sin embargo, altamente imaginativa y creativa, se dió tiempo también para la con-

creación de esa tarea, se sobrepuso a las vallas que contenían su impulso creador y no se detuvo hasta colocar a la república a un nivel equiparable —en esta como en tantas otras cosas— al de las más progresistas del orbe.

1.8.4 *Acción privada vs. acción oficial.*

En esta Etapa de nuestra arqueología se debe todo a la actividad privada: Mitre, Zeballos, Moreno, Ameghino, son los paladines del impulso individual. Únicamente Burmeister actúa desde el plano oficial, y su acción —evaluada en la mira exclusivamente arqueológica—, no siempre resultó afortunada. Con la oficialización de las colecciones privadas de Moreno—donadas por él, hacia 1877—, se generó el esfuerzo oficial, que se concreta en la creación del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, puesto bajo su Dirección.(Antecedentes del Museo de La Plata).

1.8.5 *Los centros de Investigación científica.*

Se limitaron al Museo de Historia Natural de Buenos Aires (1862), a la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba (1869), a la Sociedad Científica Argentina (1872) y al Instituto Geográfico Argentino (1879). Ha sido en las dos últimas instituciones —ambas obras de Estanislao Zeballos—, donde pudieron canalizar sus inquietudes nuestros primeros arqueólogos.

1.8.6 *Situación de la arqueología en Europa y América.*

En el último tercio del siglo XIX, la ciencia europea se hallaba aún conmocionada por la toma de conciencia del significado encajonado en los descubrimientos de Boucher de Perthes, y la comprobación de su veracidad por parte de Lyell y Prestwich. Para la exploración de aquel vasto campo de nuevas posibilidades, arqueología, paleontología, estratigrafía y geología operaban juntas y sin límites aún bien definidos, al punto de que parecieran querer unificarse en una nueva especialidad, la “arqueogeología”. Lo cierto es que el contacto fue beneficioso, ya que fueron las ciencias naturales las que produjeron el eclipsamiento de la *anticuaria* clásica. Se aprecian los primeros esfuerzos por realizar grandes excavaciones, en lo que descuellan Pitt Rivers, Flinders Petrie y Schliemann, entre 1875 y 1900, pero en este aspecto prima una tendencia “clasicista” o “humanista”, mientras que por el contrario, en la excavación de las grandes cavernas cuaternarias, consecuencia del sacudimiento operado por B. de Perthes, prima una tendencia “naturalista”; debida al allí necesario apego de la arqueología con la paleontología, geología y estratigrafía. Todas estas ciencias adoptaron en mayor o menor medida principios darwinianos, con lo que el momento de la aparición del hombre sobre el planeta efectuó un movimiento de descenso a través de las épocas geológicas, no siendo pocos los sabios de ese momento que insinuaron que la aparición de sus ancestros se produjo en el Terciario. Pero, a pesar de las afirmaciones contundentes, a

veces derivadas de un cientificismo crecientemente optimista, las dudas son enormes. Tómese debida cuenta de que toda esta usina de posibilidades y de planteos renovadores habría de pasar —por mediación de Ameghino—, a las llanuras del Plata, es decir, a un ámbito en que los estudios geológicos y paleontológicos posibilitantes se hallaban aún en sus balbucesos, y en el que las formaciones geológicas se caracterizan por su complejidad y difícil interpretación.

En América, principalmente en la del Norte, los grandes lineamientos habrían de ser distintos. En el Viejo Mundo había sido posible comprobar la existencia de humanidades desaparecidas, de edad geológica incierta aun que seguramente muy antigua, pero de cuya presencia no se tenía la menor prueba en el Nuevo. Desde el principio, pues, la orientación de los estudios habría de ser diferente y abocado a problemas específicos. En primer lugar, estaban las misteriosas ruinas de México y Perú, levantadas por pueblos desconocidos, y ellas atrajeron poderosamente la atención de los primeros exploradores. En su prospección descuellan algunos norteamericanos, como Stephens, Catherwood, Davis y Squier; alemanes, como Reiss y Stübel (en Perú) y Seler (en México), que siguen en pos de las huellas de Humboldt (1807). Otros europeos realizan en América tareas descollantes: Wiener trabaja en Perú y Bolivia formando ingentes colecciones; Uhle y Stübel estudian las ruinas de Tiwanaku. E. G. Squier, un norteamericano, hacia 1878 publica los resultados de sus viajes por Bolivia y Perú. También existió meritísima participación de Sud americanos: M. A. de Rivero, largos años director del Museo Nacional de Lima, con el suizo J. Von Tschudi, publica en 1851 "Antigüedades peruanas"; Mitre, en 1879, sus observaciones sobre Tiwanaku. José Toribio Medina establece en 1882 los grandes fundamentos de la arqueología de Chile, alguno de cuyos aspectos había sido tratado anteriormente por Bollaert (1860). Ya hacia 1883 aparece una obra de síntesis, "L'Amérique Préhistorique", cuyo autor es el marqués de Nadaillac. El Brasil ha sido particularmente afortunado con la calidad de sus arqueólogos precursores: Wiener, el investigador de los sambaquies; Emilio Goeldi, Hermann v. Ihering, Ladislau Netto, etc.

La finalidad principal de estos investigadores fue la de allegar material arqueológico para los grandes museos norteamericanos y europeos, así como para los nacionales que por entonces comenzaban a organizarse sobre la base de colecciones privadas. Sin embargo, también en Sudamérica se produjo un temprano brote de arqueología "naturalista", realmente precursor, que no pensó en razón de estanterías muscográficas, y sí en cambio en secuencias estratigráficas y antropológicas; los descubrimientos de P. W. Lund en las cavernas del sur del Brasil habrían de tener tan inusitada como espectacular proyección sobre la arqueología americana, en particular sobre la que comenzaba a gestarse en las comarcas del Plata.

1.8.7 *Áreas cubiertas por los trabajos.*

Fueron preferentemente investigadas la región pampeana (Ameghino, Zeballos, Moreno), la patagónica (Moreno, Lista, Carlos Ameghino) y el Noroeste (Moreno, Liberani y Hernández, Quiroga, Lafone Quevedo). Nótese que esta Etapa se inicia en 1872, con el primer nucleamiento en torno a la Sociedad Científica Argentina, y termina hacia 1900. Podría extenderse hasta 1904, fecha de la muerte de Adán Quiroga y de la fundación del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. La incorporación definitiva del territorio de la Pampa se produce en 1879, el de la Patagonia en 1883 y el del Chaco en 1885, siendo antes tierras bravías en las que no era posible penetrar con fines científicos. Sin embargo, Zeballos penetra en la Pampa central aún no totalmente pacificada, en un viaje que todavía hoy sería difícil de ejecutar con los recursos que él contó; Ameghino entró al Chaco en 1885; Moreno penetró al Neuquén cuando aún ese territorio era un hervidero de tribus bravías, poco propensas a respetar la vida del que se introdujera allí en pos de especulaciones científicas; Carlos Ameghino recorrió a caballo la Patagonia entera, entonces habitáculo de muchos hombres fuera de la ley. Nunca como entonces, tan pocos hombres pudieron realizar tanto para las generaciones venideras, eubriendo áreas extensas y obteniendo en ellas materiales que en poco tiempo colmaron la capacidad de instalaciones consideradas casi eternas. Nunca tampoco como entonces hubo una conjunción tal del coraje con la sed de nuevos conocimientos.

1.8.8 *Las tendencias. Las orientaciones.*

Prosigue el fluir de las dos corrientes de opinión ya insinuadas en la etapa anterior: la naturalista (Ameghino), y la papalista, humanista y erudita (Lafone Quevedo, Quiroga), que a veces dan lugar a entrecruzamientos (Moreno, Zeballos). En la Etapa Heroica de nuestra arqueología, lo que no es abarcado por Ameghino —ciertamente que con métodos y enfoques personalísimos—, se reparte entre F. P. Moreno, E. S. Zeballos, R. Lista, S. Roth, Liberani y Hernández, S. Lafone Quevedo, Adolphe Methfessel, Gundero Lange, Juan B. Ambrosetti y A. Quiroga. En su mayor parte, estos hombres han sido los que efectuaron la apertura arqueológica de la región del noroeste argentino, área destinada a deslumbrar por decenios a los arqueólogos de generaciones posteriores. De todos los nombrados, los que estaban predestinados a descollar en arqueología exclusivamente, permaneciendo fieles a ella a través de todas las vicisitudes, habrían de ser Ambrosetti y A. Quiroga. Los restantes colmaron su existencia con posibilidades provenientes de otras áreas y de otros intereses, con lo que sus aportes han debido verse necesariamente disminuídos. Esta ha sido su tragedia y, a la vez, el gran mérito de los trabajadores de esta Etapa. En este orden, es típico el caso de Moreno. Es cierto que nace naturalista y que alcanza su madurez a la sombra vetusta de Burmeister; pero en su trayectoria, está también la influencia ejercida en su formación por un insigne humanista, el Dr.

Juan María Gutiérrez. También Zeballos nació naturalista: insensiblemente sin embargo, a lo largo de su vida se lo ve derivar de más en más hacia el humanismo. La increíble biblioteca que formara es buena prueba de ello. En todos sus escritos, aún en los dedicados a la descripción de asuntos de la naturaleza, es preceptible su tendencia papelista, versátil y propensa a la dispersión.

Desde el comienzo, pues, las tendencias y los métodos se hallaban claramente perfilados. Los ameghinistas —en verdad, escasos, casi reducidos al clan familiar—, se apasionaban en la medición del tiempo geológico. Podría decirse que la cronología era su obsesión. Asignaban al estrato un valor documental y probatorio de primera magnitud, y a la sucesión de ellos, una capacidad de registro hasta entonces no tomada en cuenta en nuestro medio, lo cual les permite obtener cierto dominio sobre la evolución cultural implícita. No admiten saltos ni catástrofes; lo que ellos ven, por el contrario, es una sucesión gradual e ininterrumpida de utensilios que van perfeccionándose a medida que los estratos son más y más jóvenes: son evolucionistas hasta la médula. Para ellos, los restos materiales de la cultura evolucionan con el mismo rango con que lo hacen los seres vivos, más y más perfectos a medida que más recientes. No temen a la alta antigüedad en que yacen sus vestigios, y los dogmas del tiempo no rigen para ellos.

Con semejante panorama y tan grandes aspiraciones que cumplir, era obvio que esta tendencia estuviera destinada a tener un fin abrupto. Desde su nacimiento llevaba el germen de las causas de su destrucción. De evolución en evolución, siempre en pos de estratos y de causas cada vez más profundas y remotas, llegaron a concebir una evolución local no sólo para las culturas, sino para su portador, el hombre. En esto han resido las causas del fin de las doctrinas ameghinistas, cuyas fallas se encontraban justamente en el aspecto para ellos primordial, el de la sucesión geocronológica, equivocada por lo menos desde el Cretácico.

La escuela encabezada por Moreno —aunque ostensiblemente guiada en sus comienzos por Burmeister—, rehuyó, en cambio, todo contacto con la estratigrafía en cuanto le fue posible. En mayor o menor grado, todos sus integrantes han parecido adolecer de una especie de horror a la superposición de las secuencias, al acomodamiento verticalizado de las culturas. Abandonaron para siempre el escenario de las terrazas fluviales y litorales —habiendo sido ésa su orientación inicial—, y en cambio concedieron primacía a la excavación de túmulos, cementerios y tumbas aisladas, tanto como a la recolección superficial en paraderos en que hallaban materiales que en sus características generales coincidían con el patrón mental que habían preformado, y que juzgaban antepuesto sólo en algunas centurias a la Conquista.

Cierto es que este impulso los llevó a abarcar un escenario cada vez

más amplio, que extralimitó las pampas, se extendió a buena parte de la Patagonia y se introdujo en la región andina del noroeste argentino, donde hallaría su campo más fecundo.

1.8.9 Crítica. Alcances y limitaciones de esta Etapa.

Debe señalarse la escasez de excavaciones que, aún para la época, pudieran considerarse metódicas. Los excepcionales trabajos de Ameghino deben ser tomados en cuenta separadamente, porque Ameghino es un estratígrafo que tardará decenas de años en tener algún epígono. La excavación del túmulo de Campana, realizada por miembros de la Sociedad Científica Argentina, constituye el trabajo y el enfoque metodológico del momento. El fin primordial de los trabajos de campo —mediante excavación o sin ellas—, es el de procurar materiales para la exhibición en los museos (de Historia Natural, del Instituto Geográfico Argentino, o el arqueológico de la Sociedad Científica Argentina), o bien para la exposición personal (colecciones Zeballos, Lista, Moreno, etc). Los estudios son gobernados por los cronistas indios, quienes en última instancia constituían la autoridad máxima y dirimente en las discusiones. En éstas, además, se empleaban indiscriminadamente argumentaciones arqueológicas, etnográficas y hasta lingüísticas, lo que está trasuntando con nitidez la existencia de una idea fija en torno a la antigüedad de residencia del hombre americano, al que consideraban poco menos que un recién venido. Por ello, muchos consideraban vacuos los arduos trabajos estratigráficos—faunísticos de Ameghino, que les resultaban incomprensibles. Se destaca la primacía de un espíritu elitista, altamente erudito —pretensamente erudito—, por completo negativo al avance de los estudios, que desgarró las posibilidades de colaboración entre los hombres y acabó por dividirlos (enfrentamiento de la coalición Burmeister—Moreno—Zeballos, *versus* Ameghino). Otra de las características de esta Etapa es la asociación casi simbiótica de la arqueología con las ciencias naturales, tanto como la aceptación o negación violentas de teorías fantasiosas, como la de los puentes intercontinentales, la presencia de fenicios, cartagineses, vikingos, etc, en la América precolombina, la Atlántida, etc. etc. Como oportunamente veremos, la impronta de estas rémoras habría de quedar indeleblemente moldeada en los desarrollos posteriores de la arqueología argentina.

SINOPSIS. ETAPA II: LA ARQUEOLOGIA ROMANTICA O NATURALISTA (1872—1900)

Esta gran Etapa se halla integrada por dos grandes corrientes o tendencias, identificadas sin embargo por la primordial filiación naturalista de todos sus integrantes, salvo los contados “neutros” —prosecución de la línea papelista de la Etapa anterior— que por su formación no le concede importancia.

A. Corriente Ameghinista:

1. Su fuente única es Florentino Ameghino;
2. éste hace de la estratigrafía su objetivo principal, y de la medición del tiempo geológico, un problema básico. Representa a la escuela de Lyell en el Plata;
3. centra su actividad en los problemas vinculados con el hombre fósil de la Pampa (sus restos propios y los de su cultura).
4. Es evolucionista.
5. Considera a la antigüedad del hombre como a un problema primordial.
6. Trabaja exclusivamente en la región pampeana y sur-litoral.

B. La corriente Morenista, por el contrario:

1. Gira en torno de la autoridad de Burmeister.
2. Constituye la escuela de Humboldt y de Cuvier en la Argentina, aunque posteriormente sus miembros más conspicuos derivan a los postulados de Lyell.
3. No cree en la existencia del hombre fósil pampeano, o por lo menos no con las pruebas aportadas hasta ese momento. Se muestra vacilante en sus principios: acepta inicialmente los hallazgos de Lund, para considerarlos más tarde como a un producto del retransporte sedimentario; se conmueve ante los hallazgos de Seguí, y sin embargo los refuta.
4. Trabaja inicialmente en la Pampa, y luego extiende su actividad a la Patagonia. Es la corriente que efectúa la apertura arqueológica del Noroeste.
5. Ninguno aceptó inicialmente al evolucionismo, otros sólo a medias. Burmeister no lo aceptó nunca.

C. Miembros conspicuos de la corriente ameghiniana: Florentino Ameghino, Juan Ramorino, Carlos Ameghino, Juan B. Ambrosetti.

D. Miembros conspicuos de la corriente morenista: Germán Burmeister, Francisco P. Moreno, S. Roth, W. F. Reid, Ramón Lista, Pedro S. Pico.

E. "Neutros" fueron: Inocencio Liberani, S. Lafone Quevedo, P. Pico (en su trayectoria posterior). (Estanislao Zeballos fue alternativamente ameghinista y morenista.)

F. Epígonos de la escuela ameghinista: fueron Antonio Romero, Roberto Lehmann Nitsche, Félix F. Outes, Milcíades A. Vignati, Alfredo Castellanos, Carlos Rusconi, Joaquín Frenguelli y Aníbal Montes. No fueron necesariamente "ameghinistas", pero se hallan emparentados con esa escuela en la temática tratada y en los métodos de observación empleados.

1.9 ETAPA III: LA ARQUEOLOGIA EN LA UNIVERSIDAD (1901 – 1925)

Samuel Lafone Quevedo (1835–1920)
Francisco P. Moreno (1852–1919)
Florentino Ameghino (1854–1911)
Adán Quiroga (1863–1904)
Max Uhle (1856–1944)
Carlos Ameghino (1865–1936)
Juan B. Ambrosetti (1865–1917)

Segunda generación de cultores:

Félix Faustino Outes (1878–1939)
Luis M. Torres (1878–1937)
Roberto Lehmann Nitsche (1872–1938)
Eric Boman (1868–1924)
Erland Nordenskjöld (1877–1932)
Eric von Rosén (1879–1948)
Carlos Bruch (1869–1943)
Salvador Debenedetti (1884–1930)
Eduardo Holmberg
Vladimiro Weiser (1878–1926)
Carlos Schuell
George Earl Gardner
Federico Mayntzhusen (1870–1949)
Pablo Cabrera (1857–1936)

A diferencia de lo acontecido en otros países de Sudamérica, nos encontramos con que la primera generación de arqueólogos se halló totalmente integrada por nativos del país, a excepción de M. Uhle, que efectuará una fugaz expedición por el norte. En la segunda, que es la que ahora nos ocupa, hacen su aparición los distinguidos arqueólogos extranjeros Lehmann–Nitsche, Nordenskjöld, von Rosén, Boman, C. Bruch y V. Weiser, es decir, más de la mitad.

1.9.1 *Los centros de investigación.*

Continúa la Sociedad Científica Argentina nucleando a muchos arqueólogos, quienes, por otro lado, desarrollan proficua labor en el Museo de Historia Natural de Buenos Aires, bajo la dirección de F. Ameghino, pues contaba con una sección de arqueología al cuidado de E. Boman; en el de La Plata, dirigido por F. P. Moreno hasta que fuera integrado a la Universidad, como Instituto de la misma, y entonces a cargo de S. Lafone; y en el Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, a cargo de Ambrosetti, creado en 1904 por iniciativa de éste y resolución de Norberto Piñero, de-

cano en ese momento. En el interior del país no existían centros de trabajo, universitarios o no, con lo que se hace evidente el centralismo adolecido por la actividad arqueológica desarrollada en un país tan vasto como la Argentina. Hacia 1911, desaparece el Instituto Geográfico Argentino, la magnífica creación de Zeballos, no sin antes haber fomentado la exploración arqueológica prestando su concurso a Holmberg, Ameghino y Ambrosetti. Para el logro de cierto equilibrio, surge la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales "Physis", creada en 1912, y a ella se incorporan distinguidos arqueólogos de entonces.

1.9.2 *Acción privada vs. acción oficial.*

En esta Etapa, el estado compete con los particulares en la realización de expediciones y estudios arqueológicos de toda índole. Caso típico ha sido Indalecio Gómez, quien dio pie a la creación del Museo Etnográfico donando sus colecciones provenientes de Pampa Grande (Salta), y más tarde colaboró en la financiación de la expedición de Ambrosetti al mismo punto. Se verifican las grandes expediciones del Museo de La Plata, del Museo Nacional de Buenos Aires, del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, así como la sueca al Chaco y a las Cordilleras de Nordenskjöld, las del Instituto Geográfico Argentino a los valles calchaqués y a Misiones, encabezadas por Ambrosetti. La Misión Francesa dirigida por Créqui de Montfort y Sénechal de la Grange, pone a cargo de Eric Boman los aspectos arqueológicos del sector andino sur. Fundamentalmente, deben destacarse las primeras expediciones arqueológicas financiadas por Benjamín Muñiz Barreto en el Noroeste, bajo la dirección de Vladimiro Weiser. Es la época de los grandes viajes y expediciones, nunca repetidos en nuestro país con pareja intensidad y en tan crecido número.

1.9.3 *La arqueología en América.*

En Norteamérica, la reputación mayor la comparten William Henry Holmes y Ales Hrdlicka; el primero, con formación geológica, se hizo firme en la convicción de que el hombre no pudo haber ingresado a suelo americano hasta después de terminado el Pleistoceno. El segundo, un buen antropólogo físico, se hallaba particularmente interesado en el estudio de los restos presuntamente fósiles del hombre americano. Fatalmente, esa inclinación estaba destinada a chocar con la obra de un argentino, Ameghino, y del impacto las teorías de este último ya no se recuperaron jamás. Es lamentable, sin embargo, que el descrédito consecuente se haya extendido parejamente a otros aspectos de la labor arqueológica de Ameghino, realmente valiosos. Otros investigadores trabajaban por el adelanto de la arqueología sudamericana: en Ecuador, G. A. Dorsey, Marshal Saville y Paul Rivet. En las llanuras bolivianas, Erlando Nordenskjöld, en Venezuela K. von den Steinen, en las islas del Caribe J. Fewkes y Thomas Joyce, en el Amazonas William Farabee y J. B. Steere. Manuel Gamio, en México, y N. C. Nelson,

en el sudoeste norteamericano, aplican por primera vez técnicas estratigráficas, de viejo uso en Europa. Augusto Capdevielle en el norte de Chile, llama la atención sobre la aparición de implementos paleolíticos en la región de Taltal. Pero es el arqueólogo alemán Max Uhle el que realiza la obra más vasta y cuidadosa. Explora el Perú y Bolivia, en 1912 pasa a Chile, cuyo precerámico investiga, y finalmente al Ecuador. También investiga la región del golfo de California. Sus esquemas cronológicos son los más válidos para el momento, pero a pesar de haber estado entre nosotros en 1910, no son tomados en cuenta.

1.9.4 *Area cubierta por los trabajos.*

Durante esta Etapa, decrecen los estudios en la región pampeana; sin embargo, hay gran movilización de esfuerzos en torno a los hallazgos del litoral atlántico (Miramar). Aunque se efectúan trabajos aún hoy valiosos en la región de los grandes ríos, especialmente en el bajo Paraná (Torres), la atención es casi totalmente absorbida por la región andina del noroeste. Igualmente decrecen los esfuerzos en la región patagónica: el mejor trabajo de síntesis de esos años, "La edad de piedra en Patagonia", debida a Outes (1905), se elabora con materiales obtenidos por expediciones anteriores de Carlos Ameghino. El Noroeste es la región más beneficiada: Ambrosetti efectúa las excavaciones de Pampa Grande (1905), La Paya (1906—1907) y las de la quebrada de Humahuaca (Tilcara, La Isla, La Huerta, etc). Por otra parte, las expediciones de Muñiz Barreto duran doce años —hasta la muerte de Weiser, en 1926—, y abarcan la quebrada de Humahuaca, la región de la Puna jujeña, los valles Calchaquies y sobre todo el valle de Hualfín. En las que tuvieron por escenario la quebrada de Humahuaca, Weiser contó con la colaboración del distinguido aficionado Carlos Schuel, quien también efectuó remociones por cuenta propia, donando más tarde los materiales a la provincia de Jujuy. Lehmann Nitsche publicó materiales recolectados por Gerling en la última década del siglo XIX en la Puna jujeña, en un sector donde coincidentemente había trabajado Max Uhle.

1.9.5 *Crítica. Alcances y limitaciones de esta Etapa.*

La Etapa III es anticuaria aún, pero menos que la anterior. Por sus logros, debe aún considerársela precursora; ya no romántica, pues existen discretos fondos oficiales y privados puestos a su disposición para encarar trabajos. Sus rasgos salientes son: a) excavaciones más sistematizadas, aunque desconociendo aún la importancia de la estratigrafía, por otra parte inaplicable en tumbas sin superposición manifiesta. Los trabajos metódicos y exhaustivos que por entonces iniciara Weiser no alcanzan a diluir los caracteres de toda una época caracterizada por la excavación poco metódica. b) Prosecución y aún intensificación del acopio de materiales destinados a los grandes museos, en especial al de Buenos Aires, La Plata, y Etnográfico de Buenos Aires. c) Como circunstancia altamente positiva, debemos se-

ñalar la inclusión de la cátedra de Arqueología Americana como materia de complemento en la carrera de Humanidades. d) Como signo negativo, el abandono de la excavación en paraderos al aire libre, en basureros, etc, y en cambio la proliferación selectiva de excavaciones en tumbas o en habitaciones en que las hubiera, con el fin de satisfacer la requisitoria apuntada en b. e) La obra de los cronistas continúa siendo la piedra de toque en la que los arqueólogos buscan con empeñamiento la contrastación de sus observaciones de campo. f) Se procura establecer las primeras cronologías tentativas (Uhle, Boman, Ambrosetti), lo que sólo es posible entre el Noroeste argentino y las culturas andinas del Perú.

1.10 ETAPA IV: DE CONSOLIDACION UNIVERSITARIA O TRANSICIONAL (1925-1949)

Félix F. Outes (1878-1939)
Roberto Lehmann Nitsche (1872-1938)
Salvador Debenedetti (1884-1930)
Luis M. Torres (1878-1937)

Tercera generación de cultores:

Franciso de Aparicio (1892 -1951)
Salvador Canals Frau (1893-1958)
José Imbelloni (1885-1967)
Fernando Márquez Miranda (1897-1961)
Milcádes Alejo Vignati (1895-1978)
Carlos Rusconi (1898-1969)
Antonio Serrano (1899-)
Enrique Palavecino (1903-1966)
Eduardo Casanova (1903-1977)
Emilio Wagner (1868-1949)
Duncan L. Wagner
Juan Semper (1911-1960)
Guido Bonarelli (1871-1951)
Federico Escalada (1906-1959)
Juan Olsacher (1903-1964)
Alfredo Métraux (1903-1965)
Jorge von Hauenschild (1877-1951)
Styg Rydén (1908-1965)
Joaquín Frenguelli (1883-1971)
Héctor Greslebin (1893-1971)
Odilla Bregante
Rodolfo Schreiter

Tomás Harrington
Roberto Levillier
Augusto Tapia
Antonio Serrano

Cuarta generación de cultores:

Alberto Rex González
Horacio Difrieri
Alberto M. Salas
Henry Reichlen
Dick Edgar Ibarra Grasso
Osvaldo Menghin (1888–1973)
Víctor Badano (1914–1956)
María de las M. Constanzó
Fernando Gaspary
Agustín F. Nimo
Manuel G. Oliva
Santiago Gatto
Jorge Furst
Aníbal Montes
Osvaldo Paulotti
León Strube
Florencio Villegas Basavilbaso
Julián Cáceres Freyre
María Delia Millán de Palavecino
Asbjorn Pedersen

Nos encontramos con dos generaciones bien delimitadas en los veinticinco años que cubre la Etapa. La primera adolece las consecuencias de una grave crisis económica. La segunda, la retracción emergente de la II conflagración mundial; en cambio, se beneficiará con la enorme difusión alcanzada por el vehículo automotor, que facilitará indeciblemente el acceso a las áreas de trabajo y procurará rapidez y eficiencia.

I.10.1 *Los centros de Investigación.*

En lo metodológico —en las aplicaciones prácticas de los métodos, y no en su expresión teórica—, casi no existirían argumentaciones para delimitar a esta Etapa de la anterior, de la que bajo ese punto de vista constituye una prolongación. Sin embargo, fuera de la natural renovación de los cultores de la disciplina, encontramos un elemento valedero para diferenciarlas, y es el manifiesto proceso de consolidación universitaria que se produce entre 1925 y 1950. No sólo las Universidades de Buenos Aires y La Plata cuentan con cátedra arqueológica específica, sino también las de Córdoba, Tucumán, Cuyo (Mendoza) y Paraná —aquí, en la Facultad de Cien-

cias de la Educación—, a la que pronto seguirá la del Litoral (Rosario). Con tal renovación, entendemos que se posibilitaba el ataque sobre frentes cada vez más amplios de la temática arqueológica. Por lo demás, hacia fines de la Etapa se individualizan a través de sus obras unos pocos estudiosos no conformistas, destinados a introducir profundos cambios de concepto y de método en las siguientes.

1.10.2 *La acción oficial y la acción privada.*

La primera, como lo acabamos de expresar, se canaliza por los organismos de la enseñanza superior, ya en proceso multiplicativo. La segunda se manifiesta a través del accionar individual de B. Muñiz Barreto, cuyas expediciones anuales entran en pleno eclipsamiento, primero por la muerte de Weiser (1926) y poco después por la de Debenedetti (1930). A ella se suman los trabajos de envergadura realizados por los hermanos Wagner en Santiago del Estero, abriendo una región nueva para la arqueología argentina. A partir de 1945, aproximadamente, se hace evidente la posición o actitud claudicante adoptada por la iniciativa privada, en lo atinente a la protección y estímulo de la actividad arqueológica.

1.10.3 *Evolución de la arqueología en el exterior.*

Aún cuando otros países de América acompañan a la Argentina en sus esfuerzos por la reconstrucción del pasado americano, no caben dudas de que la verdadera usina del trabajo arqueológico se instaló definitivamente en los Estados Unidos. Hay, efectivamente, proyecciones de ese país en Europa, Egipto, Cercano Oriente, y también en América Latina. Los aportes de los arqueólogos norteamericanos han sido sencillamente extraordinarios. Magníficos investigadores, provistos de recursos económicos suficientes, prepararon el terreno para producir una verdadera revolución en la arqueología americana, trabajando primero en el sudoeste de su patria —transformado en verdadero laboratorio arqueológico—, y luego aplicando idénticos principios en México y Perú. Descuellan A. L. Kroeber, A. V. Kidder, John H. Rowe, Irving Rouse, John D. Strong, Wendell C. Bennett y muchos otros, que brindan no sólo técnicas adecuadas a nuestros problemas, sino también sus fundamentos teóricos y filosóficos. Ciertamente es que sus esfuerzos no rebalsan la región andina de Sudamérica; sin embargo, los trabajos de Junius Bird en la costa occidental del Continente, Patagonia y Tierra del Fuego chilenas, los de Lothrop en el bajo Paraná y los de Bennett y colaboradores en relación a la arqueología del Noroeste, son aproximaciones fundamentalísimas. En otro orden, J. D. Figgins descubre en 1926 las primeras puntas tipo Folsom, y pronto seguirán otros hallazgos en Sandía Cave, Lindenmeier, Burnet Cave, Cochise, etc. Hacia 1940, cae el bastión empecinadamente defendido por Holmes y Hrdlicka y sus seguidores, y por la amplia brecha abierta penetra triunfante el concepto de “paleoindio” o paleoamericano. En Bolivia efectúa trabajos Arturo Posnansky, en

Chile Aureliano Oyarzún, Gualterio Looser, Ricardo Latcham, principalmente etnólogos que sólo esporádicamente se aplican a los problemas arqueológicos de campo. En Perú, Eugenio Tello, Rafael Larco Hoyle y otros, muchas veces en colaboración con los norteamericanos arriba nombrados, demuestran el largo camino recorrido por la cultura aborígen americana, cuyo punto final —y no su principio, como hasta décadas atrás se pensaba— fue el imperio de los incas. En la magnífica reconstrucción de esa secuencia cultural, tuvo gran participación Max Uhle.

1.10.4 *Areas cubiertas por los trabajos*

La atracción mayor continuaba ejerciéndola la región noroeste; sin embargo, hay evidentes signos de recuperación, causa por la que hemos asignado tanta importancia y trascendencia a la creación de centros de enseñanza y de investigación en el interior del país: Semper y Canals Frau paralelamente a Rusconi en la región de Cuyo, precedidos por las dos expediciones de S. Debenedetti a San Juan de 1914—1916; Serrano, en conjunción con F. de Aparicio en la Mesopotamia y Litoral, efectúan aportes indudablemente valiosos. Pero decae nuevamente la acción en la Pampa y Patagonia, existiendo períodos en que ella es virtualmente nula. Como contrapartida, los hermanos Wagner conmocionan al mundo científico local con sus hallazgos en las llanuras santiagueñas, al abrir un nuevo y fértil campo a la investigación. Pero el Chaco, la región misionera, el Neuquén (salvo los viajes exploratorios de Aparicio y de Vignati) y toda la Argentina central (salvo sectores de San Luis y Córdoba) continúan siendo tierras incógnitas para nuestra arqueología, pues no se puede considerar conocimiento al proveeniente de piezas de museo mal obtenidas y peor clasificadas, originarias de yacimientos ignorados, a lo sumo provistas de valor muscográfico.

1.10.5 *Las orientaciones y los métodos.*

Se produce en esta Etapa el divorcio —definitivo, se pensó entonces—, con las ciencias naturales. La desaparición de Ameghino (1911), marcó el fin de las posibilidades de instaurar en nuestro medio una escuela arqueológica de fundamento estratigráfico. Ciertamente es que subsisten buenos estratígrafos, como lo fueron Carlos Ameghino, Alfredo Castellanos, Carlos Rusconi y Aníbal Montes; pero, salvo el último de los nombrados, son buenos estratígrafos sólo en la faz de naturalistas, y en cambio parecieran despreciar las enseñanzas de la estratigrafía al ocuparse de aspectos arqueológicos. No muestran interés por los cambios sutiles que sólo una estratigrafía tenue es capaz de detectar (aspecto en el que Ameghino fue un maestro, pese a guiarse exclusivamente por estratos naturales). Sólo la circunstancia antedichá es capaz de explicar aberraciones tales como la de siquiera suponer que pudieran haber existido materiales de piedra pulida en capas de edad miocena o pliocena. El descrédito posterior —injusto si se lo extiende indiscriminadamente al total del ideario ameghiniano—, dejó el campo abierto a otras metodologías.

El criterio estratigráfico fue introducido por Ameghino a su regreso de Europa, donde lo aplicara en los guijarrales de Chelles. Fue dejado de lado por los arqueólogos argentinos de las primeras épocas, al abrirse la investigación en el Noroeste y encontrarse con que el método era inaplicable en tumbas y en poblados en ruinas de patrón a veces caótico. Pudo haberse empleado en paraderos al aire libre, en las costas marítimas o fluviales, tanto como en los basureros, pero ninguno de esos tipos de yacimiento arqueológico podía proveer materiales destinados a la exposición en los museos, y ya hemos visto que era fundamental la obtención de piezas: una supervivencia —o una rémora—, tal vez, del inicial criterio anticuario o coleccionista. El hecho es que no podía concebirse que una expedición regresara sin una abundante cosecha de urnas funerarias. Sin embargo, Manuel Gamio aplicaba la estratigrafía en México, en 1911, con magníficos resultados. En 1914, N. C. Nelson hacía lo mismo en el sudoeste de Estados Unidos, lo que más tarde mejoró A. V. Kidder para la misma región. Uhle lo aplicaba al excavar concheros de California; digamos que ya era un método popular cuando Wendell C. Bennett lo aplicó en Tiwanaku, el año 1932.

El criterio tipológico, basado en la permanencia o desaparición de los rasgos o atributos artefactuales, permaneció igualmente estático entre nosotros. Ciertamente, se produjeron tempranas tipologías —en su mayoría debidas a Outes, el grande y metódico ordenador—, pero los tipos resultantes, basados en atributos tales como forma y tamaño, fueron meramente descriptivos y carentes de historicidad.

Sin cortes temporales valederos (estratigráficos), y careciendo de tipos suficientemente provistos de historicidad, evidentemente no podía llegarse a efectuar *seriaciones*, cosa que A. L. Kroeber efectuaba con materiales mexicanos ya por 1915, Irving Rouse en 1939 para elaborar la prehistoria de Haití y John Rowe, a partir de 1950, para la del Perú.

Y no aplicándose estratigrafía, no existiendo tipos históricos, ni elaborándose seriaciones, tampoco era posible tener acceso a estadios mayores de la investigación, ni discernir unidades de cultura, ni áreas, ni producir un edificio cronológico y cultural siquiera en esbozo. No existe un solo trabajo producido en esta etapa que incluya una carta temporal, ni cuadros cronológicos ni de delimitación de culturas, pese al cuadro provisional y provisorio que estableciera Uhle, allá por los años del Centenario, y que pudo haber servido de punto de partida.

En la Etapa que nos ocupa, se manifiestan en nuestro medio tres orientaciones o tendencias; manifestaciones supérstites de la escuela “naturalista”, y un predominio relativo de la escuela de fundamento etnohistórico (al que, fuera de su época de esplendor, que cierra alrededor de 1925, podríamos denominar “historicista”), con un predominio mayor de la arqueología “humanística”. Singular aprecio ha merecido en este último tramo la

escuela Histórico—Cultural, de origen europeo e implantada coherentemente en nuestro medio por José Imbelloni. Este erudito, junto a Enrique Palavecino y Salvador Canals Frau, sin ser propiamente arqueólogos, proporcionan un entramado teórico del que carece la arqueología en su desarrollo local. Se publican los primeros trabajos de síntesis (“Prehistoria de América”, de S. Canals Frau, 1950), y se formulan las iniciales comparaciones extraterritoriales y extracontinentales, verdaderas teleconexiones de carácter difusionista (“Esfinges” de Imbelloni; similitudes entre los rasgos arqueológicos del Sudoeste de Estados Unidos de Norteamérica y los del Noroeste argentino, ya señalados por Ambrosetti en la Etapa anterior). Pero el signo caracterizante de esta Etapa, es el efecto regulador o rector ejercido por la Etnología. Rivet e Imbelloni, en pos de argumentaciones favorables a la tesis de las comunicaciones transpacíficas, en cierta medida llegan a afectar el desarrollo de la investigación arqueológica local (clavas cefalomorfos, mere—okewa, etc), tendencia que vuelve a ponerse de manifiesto en la apreciación de elementos no bien evaluados en ese momento, tales como las influencias amazónicas en el sector Noroeste. El efecto rector desarrollado por algunos etnólogos, es continuado poco después por Palavecino en su delimitación de áreas y capas culturales, en otra obra de síntesis publicada en 1948 (5) que marcó rumbos por aquella época. La traducción de la obra de Fritz Graebner, “Metodología Etnológica”, con prólogo del arqueólogo F. Márquez Miranda (3 a), traducida por S. Canals Frau (1940), puede servir como indicadora de la tendencia primordial de entonces.

La principal crítica que arqueólogos posteriores han interpuesto a la obra realizada en esta Etapa, ha sido la de haber elaborado una “arqueología horizontal” (Lafón, 1779; González, 523). Sin embargo, es su mérito indiscutible haber logrado una subdivisión espacio—cultural casi inobjetable de las etnias protohistóricas, condición sin la cual hubiera sido imposible posteriormente verticalizar los desarrollos culturales. Con la arribada al país en 1948 del Dr. Osvaldo Menghin —introdutor de la vigencia de los ciclos culturales en los dominios prehistóricos—, los partidarios de la Escuela de Viena encontraron no sólo nuevas fundamentaciones, sino también toda una renovación conceptual y metodológica. Como contrapartida —tal vez como factor de equilibrio que será imprescindible en etapas aún por venir—, el pensamiento heterodoxo se hace carne en un selecto grupo de investigadores destinados a producir las más grandes renovaciones. Hacia el final de la Etapa, ya quedan perfectamente establecidas y delineadas dos líneas escolásticas: la que mira hacia Europa, y la que comienza a interesarse en los nuevos planteos que cobran inusitado vigor en los Estados Unidos de Norteamérica.

1.11 ETAPA V: PROLEGOMENOS DE LA ARQUEOLOGIA CIENTIFICA (1950-1960)

Eduardo Casanova (1903-1977)
Antonio Serrano (1899-)
Alberto Rex González (1918 -)
Dick Edgar Ibarra Grasso
Osvaldo Menghin (1888-1973)
Horacio Difrieri

Quinta generación de cultores:

Eduardo Mario Cigliano (1926-1977)
Marcelo Bórmida (1925-1978)
Ciro René Lafón
Pedro Krapovickas
Juan Schobinger
Guillermo Madrazo
Nicolás Sánchez Albornoz
Nélida Silvetti
José I. Benito
Antonio Schimmel
Susana Petruzzi
María A. Carlucci
Augusto Cardich
Víctor A. Nuñez Regueiro

1.11.1 *Delimitación de la Etapa.*

Los criterios tomados en cuenta para su delimitación ya han sido establecidos y explicados por distinguidos Autores que nos precedieron, sólo que ellos han retrotraído la fecha al año 1948, que consideran elave, y en la que habrían tenido lugar eventos tales como la arribada del Dr. Menghin, la aparición de la obra de Bennett y colaboradores sobre la arqueología del Noroeste, la primera excavación estratigráfica efectuada en un sitio del Noroeste por parte de Difrieri, etc. Por razones obvias, ellos no han establecido la fecha de cierre, que nosotros extendemos aproximadamente a una década, es decir, a 1960. La corriente "humanista" es la más fuerte aún. Sin embargo, los logros muchas veces espectaculares de los investigadores diseonformistas hace de esta Etapa una de las más críticas y revolucionarias de nuestra arqueología. Hacen eclosión las novísimas técnicas de posguerra, principalmente la datación radiocarbónica y muchas otras de enunciación impactante, pero que aquí se aplicarían sólo en la Etapa siguiente, quedando muchas otras sin aplicar aún.

1.11.2 *Los centros de investigación*

Son en su totalidad estatales. Continúa el fenómeno de crecimiento ya insinuado en la Etapa anterior: se crean carreras específicamente antropológicas en la Universidad de La Plata y en la de Buenos Aires. Como si todo el esfuerzo se dispersara en tan rápido crecimiento, la investigación demora en colocarse al mismo nivel que la proliferación de cátedras y carreras. Como reacción, se aprecia la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (1958), organismo estatal destinado a la fijación de una política de largas miras en la investigación científica nacional.

1.11.3 *La arqueología en el exterior.*

En Estados Unidos de Norteamérica se van perfilando con nitidez algunas nuevas tendencias de la arqueología. Sin embargo, el progreso y los adelantos son allí ininterrumpidos. Tales nuevas modalidades son de inmediato aplicadas a los problemas de México y Perú. Tienen lugar los importantes trabajos del Virú Valley y los descubrimientos de Huaca Prieta, en el Perú. La influencia intelectual de J. H. Steward, director del "Handbook of South American Indians" —que incluye muchos capítulos arqueológicos—, aparecido hacia la misma época (1946), es apreciable en las nuevas corrientes de opinión. Los grandes actores de este momento —en asuntos vinculados a nuestra problemática inmediata—, son Wendell C. Bennett, Donald Collier, A. C. Spaulding, Gordon R. Willey, Anna O. Shepard; en los aspectos estadísticos, Brainerd, Robinson, Spaulding. Sobre otra línea muy diferente de acción, continúa trabajando Robert Von Heine-Geldern sobre los contactos transpacíficos. Aparecen obras de gran alicento, como la "Prehistoria de América", de S. Canals Frau; "Indians before Columbus", de P. Martin, G. Quimby y D. Collier, subtitulada "20.000 años de historia norteamericana revelados por la arqueología"; "Ancient man in North America", por H. M. Wormington, de una forma u otra destinadas a tener gran repercusión. G. Mostny, F. Cornely, J. Iribaren, R. Montandon, trabajan sobre aspectos de la arqueología de Chile. En Perú, es creado el Institut Français d'Etudes Andines, en Bolivia el Centro de Estudios Arqueológicos de Tiwanaku, puesto bajo la dirección de C. Ponce Sanginés. En Bolivia también trabajan Stig Rydén en la región de Cochabamba (1952), luego de haberlo hecho en Chile (1936), Dick E. Ibarra Grasso lo hace por varios años en la misma zona. En Venezuela, J. M. Cruxent; en Brasil, José Emperaire y A. Laming (precedidos por A. Serrano en 1937), D. W. Lathrap en el Amazonas superior. En Ecuador, Emilio Estrada excava y estudia cerámicas mucho más antiguas que las del Perú y México. En este mismo país, Clifford Evans y Betty Meggers efectúan extensos trabajos, llevando en germen novísimas orientaciones. Por último, citamos para el Uruguay a J. F. Figuera y para Colombia a Roberto y Alicia Reichel Dolmatoff.

1.11.4 *Áreas cubiertas por los trabajos.*

El análisis de la bibliografía de esta Etapa permite detectar un hecho por demás auspicioso: cualquiera sea su orientación, los arqueólogos dejan de lado la descripción de “objetos” —en la confección de algo que podría denominarse “arqueología menuda”—, y en cambio se esfuerzan por estudiar desarrollos culturales de amplias zonas territoriales. Con ello, el trabajo no sólo ganó amplitud espacial, sino también temporal, pues coincidentemente hacen su aparición los grandes excavadores, los “disconformistas” insinuados en la Etapa anterior. A. R. González provoca el vuelco de los conocimientos hasta entonces existentes en torno a una amplia zona del Noroeste y de la región peripampeana (Intihuasi), al revelar en este último sitio la existencia de una cultura precerámica de ocho milenios de antigüedad. O. F. Menghin explora en primer lugar la región pampeana (Tandilia), y en sucesivos periplos extiende sus estudios a la Patagonia, hasta el extremo sur, efectuando sondeos estratigráficos muy importantes. Los estudios del arte rupestre de la misma región, por obra del mismo estudioso, efectúan un avance hasta ahora no igualado por ninguna otra región de Sudamérica. Bórmida trabaja en la región pampeana y norpatagónica (algunas veces en colaboración con Menghin), Cigliano preferentemente en el Noroeste, Ciro R. Lafón en la región de la quebrada de Humahuaca, Krapovickas abre una nueva región de la Puna argentina (Tebenquiche) hasta entonces deseenocida, y J. Schobinger procura los lineamientos de la prehistoria del Neuquén y luego de Cuyo. Evidentemente, habían sido ya superados los tiempos en que la iniciativa partía de un solo frente y por acción de un solo investigador; situación beneficiosa que es preciso atribuir a los Institutos de Antropología que operaban en las Facultades del interior del país (Tucumán, Cuyo, Córdoba, Rosario).

1.11.5 *Las orientaciones y los métodos.*

Los arqueólogos de esta etapa, cualquiera sea su formación, revalorizan los trabajos de campo; consecuentemente, se produce un descrédito o menosprecio hacia los trabajos de gabinete y hacia las viejas fuentes escritas. Se realizan excavaciones metódicas —aunque no en gran número—, orientadas hacia el estudio menudo y detallado, en las cuales no sólo se investigan los objetos desenterrados, sino también su entorno. Cesa el acopio de materiales para los museos, por otra parte ya totalmente colmados. Se evidencia una preocupación constante por la “arqueología vertical”, es decir, por la sucesión cultural, con aplicación de estratigrafías cuidadosas. Irrumpen las estadísticas, las seriaciones, los fechados radimétricos; métodos no objetados, pero sí criticados (¿o tal vez temidos?) por los “humanistas” de formación histórico—filosófica. Como contrapartida, y desde la orilla opuesta, severas críticas a los “historicistas”, considerados como relictos de épocas superadas. Continúa la aparición de las obras de “síntesis” y de trabajos de gran aliento. Aparecen las primeras secuencias

culturales regionales (A. R. González, para el Noroeste; O. Menghin, para la Patagonia). Se estructuran las carreras de antropología en las Universidades. Existe un movimiento bibliográfico vigoroso y se produce el consecuente enriquecimiento, por el intercambio, de las bibliotecas especializadas locales.

Existe un evidente acercamiento de la arqueología a las ciencias naturales y, afortunadamente, existen especialistas que materializan la colaboración necesaria: Augusto Tapia, Pablo Groeber, Lorenzo Parodi y, muy especialmente, Joaquín Frenguelli, Vainö Auer y Dino Cappannini, prestan a la arqueología auxilios valiosísimos, que ponen muy en alto el nivel alcanzado por la ciencia en la República.

1.12 ETAPA VI: LA ARQUEOLOGIA CIENTIFICA O PROFESIONAL (1961—...)

Alberto Rex González
Dick Edgar Ibarra Grasso
Osvaldo Menghin (1888—1973)
Marcelo Bórmida
Eduardo Casanova
Ciro René Lafón
Pedro Krapovickas
Eduardo M. Cigliano (1926—1977)
Juan Schobinger
Guillermo Madrazo
Augusto Cardich
Víctor A. Nuñez Regueiro

Sexta generación de cultores:

Ana Aguerre, Carlos Aschero, Antonio G. Austral, Lidia Alfaro de Lanzzone, J. Roberto Bárcena, Eduardo Berberían, Edgardo Benbassat, Antonio Beorchia, María A. Borrello, Omar Barrionuevo, Horacio A. Calandra, María T. Carrara, Rodolfo M. Casamiquela, María de las M. Constanzó, Rita Ceballos, María A. Caggiano, Edgardo J. Cordeu, Delfor H. Chiappe, Osvaldo Chiri, Leonardo Daino, Héctor D'Antoni, Bernardo Dougherty, Alicia Fernández Distel, Jorge Fernández, Nicolás R. de la Fuente, Mariano Gambier, Graciela de Gásperi, Carlos J. Gradin, Adam Hayduk, Osvaldo R. Heredia, Humberto Lagiglia, Juan C. Laguzzi, Héctor Lahitte, Raúl Ledesma, Ana M. Lorandi, Roberto Marcellino, Celia O. Mashnshneck, Enrique Maintzhusen, J. Miranda Borelli, Manuel J. Molina, Eldo Morresi,

Ricardo J. Nardi, Luis Abel Orquera, Marta Pastore, Néstor H. Palma, Floreal Palanca, Norberto Pelissero, José A. Pérez, Susana Petruzzi, Clara Podestá, Miguel A. Pérez Ares, Erich Poenitz, Rodolfo A. Raffino, Susana Renard, Antonia Rizzo, Amílcar Rodríguez, Diana Rolandi, Pablo Sacchero, Amalia Sanguinetti, Myriam Tarragó, José Togo, Roberto Zubiría. (La lista ha sido confeccionada tomando en cuenta aquellos autores que registran bibliografía édita hasta 1972.)

1.12.1 *Caracteres delimitantes de esta Etapa.*

Se trata de un momento expansivo, por el que igualmente pasan otras ciencias, resultante ante todo de la multiplicación de las universidades nacionales regionales (Salta, del Sur, Comahue, de la Pampa, San Juan, etc.), y de las provinciales y privadas. La renovación generacional y metodológica es tan evidente, que ninguna argumentación resistiría la prueba de ensamblar esta Etapa en la anterior. Conviven dos tendencias bien definidas, la que se relaciona con la escuela histórico-cultural y sus modificaciones y adaptaciones locales, y la que tiene sus fuentes en las nuevas tendencias norteamericanas (llamada por algunos "nueva arqueología").

1.12.2 *Los centros de investigación.*

Verdadera función rectora continúan efectuando los Institutos especializados de Buenos Aires y La Plata, a los que se agregan los ya fogueados centros de Córdoba, Tucumán, Cuyo, Rosario, etc. Se crea, además, el Instituto Nacional de Antropología (sobre la base del antiguo Instituto Nacional de Filología y Folklore).

1.12.3 *La arqueología en el exterior.*

Hacen eclosión en Estados Unidos un conjunto de principios evolucionistas cuya abanderado había sido anteriormente Leslie White: la evolución cultural. En conjunto, estas tendencias han recibido el nombre de "nueva arqueología", y su formulación ha sido posibilitada por el enorme acopio de técnicas y métodos que ni podía ser imaginado apenas veinte años antes. La portentosa cantidad de datos elaborables, ha llegado a exigir la participación de computadoras. L. R. Binford, Gordon R. Willey y Philip Phillips han sido los principales artífices de esta verdadera revolución, que Betty J. Meggers y Clifford R. Evans dispersaron por Latinoamérica.

Idéntico fenómeno de crecimiento es posible apreciar en algunos países vecinos a la Argentina, pero en forma particular en Chile, país que comienza el proceso redescubriendo su Norte. B. Berdichewsky, L. Alvarez, R. Schaedel, P. Dauelsberg, M. Orellana, J. Montané, J. Focacci, B. Tolosa, G. Le Paige, H. Niemeyer, J. Kaltwasser, C. Munizaga, V. Sciappacasse, F. Cornely, O. Spouey, G. Serracino, M. Rivera, G. Ampuero, L. Núñez, C.

Vergara, O. Ortiz, son sólo algunos nombres de entre los muchos que por razones de espacio debemos silenciar. Algo similar ocurre en Perú, y los de A. Cardich, E. P. Lanning, F. Engel, L. G. Lumbreras, D. Bonavia, E. Linares, Th. F. Lynch, John V. Murra, son de los primeros en acudir a nuestra memoria por la calidad acordada a sus trabajos. Singularmente importantes fueron los estudios del malogrado J. Emperaire y de A. Laming en las grutas de Fell y otros sitios de Patagonia austral. En Brasil trabajaron Betty Meggers y C. Evans, no sólo realizando trabajos de mérito, sino formando y disciplinando meritorios arqueólogos. O. Blasi, I. Chmyz, P. I. Schmitz, J. P. Brochado, P. M. Ribeiro, E. Th. Miller, W. Piazza, Joao Rohr han explorado arqueológicamente a los estados limítrofes con nuestro país.

1.12.4 *Áreas cubiertas por los trabajos.*

Alberto Rex González inicia la década con las excavaciones en la región de Tafí. M. Bórmida extiende sus estudios por la región pampeana, norte de la Patagonia y partes del Neuquén. B. Dougherty y O. Heredia dedican su atención a la región subandina de Salta y Jujuy, J. Schobinger a Cuyo, M. Gambier y P. Sacchero cubren posteriormente el sector sanjuanino, G. Madrazo la Pampa y la región de la quebrada de Humahuaca, Lafón en especial el Nordeste, Carlos Gradín el arte rupestre de la región patagónica, José A. Pérez la quebrada de Humahuaca, P. Krapovickas la Puna, L. Alfaro de Lanzzone la Puna de Jujuy. En resumen, la tarea arqueológica se ha regionalizado, aunque restan todavía numerosos sectores no favorecidos por la investigación.

1.12.5 *Las tendencias y los métodos*

Se efectúan investigaciones globales encaradas con severa metodología (“estrategias”). Disminuye el descrédito anteriormente alcanzado por aspectos “deterministas”: la ecología humana, los patrones de asentamiento, el habitat, la economía y las sociedades resultantes o en cierta medida condicionadas. Se aprecian esfuerzos por incluir a la arqueología dentro del campo de las ciencias sociales. Se la considera ciencia, o al menos se hace continua referencia a la “arqueología científica”. Por otro lado, se patentiza la necesidad de contar con apoyos históricos, pero tales aspectos desea cederlos el arqueólogo al etnohistoriador; se revalorizan las fuentes etnográficas y aún las folklóricas. Se aceptan sin hesitaciones los aportes provenientes de las ciencias naturales, y se clama por la pronta formación de especialistas en tales aspectos: palinólogos, sedimentólogos, y hasta físicos y químicos, porque la cerámica y el metal precisan ser analizados y conocidos por el arqueólogo hasta en su más íntima composición. A veces, sin embargo, esta complicada mezcla de ciencia, tecnología y arte es aplicada sin realmente poseer o haber alcanzado un conocimiento valedero de las culturas portantes. La preocupación por la rigidez de los conceptos y de la terminología es constante; pero conceptos tales como “estilo”, “fa-

se”, “horizonte”, “período”, “tipo”, por citar algunos, parecen en nuestro medio reacios a toda conceptualización uniforme. Irrumpen nuevas prácticas museológicas. Proliferan los institutos universitarios en los que se enseña arqueología como materia de formación o complemento antropológico. Hacen su aparición los centros de documentación científica, aunque, paradójicamente, se observa un empobrecimiento progresivo en las bibliotecas especializadas.

Figura 1: Gráfico que muestra el comportamiento de las tendencias, etapas y modalidades de la Arqueología argentina frente al transcurso del tiempo. Las etapas son tres: la “Arcaica”, la “Heroica” o “Anticuaria”, y la “Académica”, ésta con una subetapa “Profesionalista” que comienza a manifestarse en la década de 1960.

En cuanto a los períodos o “modalidades”, vemos que en buena parte de la historia de la arqueología argentina conviven dos corrientes: la “Historicista” y la “Naturalista”. Estas dos corrientes parecieran confluir a una nueva vertiente, la “Humanista”. Dentro de esta última hay un enclave, el de los “Prolegómenos”, que con el fluir del tiempo habrá de generar la corriente de la “Nueva Arqueología”, o de la ecología cultural. Su exponente máximo ha sido el Dr. A. R. González, quien desde el principio imprimió a sus trabajos una orientación ecológica.

Tal como son presentados en el cuadro general, pareciera existir un hiatus o bien una compartimentación absoluta y excluyente entre el “naturalismo” y el “humanismo”. Pero sería una presunción gratuita suponer que este último no ha aprovechado los aportes emanantes del progreso en las Ciencias Naturales. Aunque su propósito último es la comprensión global de la Cultura, edificando con ello algo así como una “Prehistoria del Universo”, la corriente humanista nunca ha dejado de estar atenta al comportamiento de la naturaleza regional en que una cultura determinada se desenvuelve, sea verificando progresos o aparentes retrocesos. Ejemplo de ambos conceptos —es decir, tanto en lo atinente a la aspiración a la universalidad, como al empleo del resorte “naturalista” con toda amplitud— ha sido, entre nosotros, el Dr. O. Menghin. A modo de ejemplo, no estará de más recordar aquí su agudeza, casi su clarividencia, puesta de manifiesto en su re-evaluación de la cultura fueguina, malinterpretada por “naturalistas” eximios, encabezados por Ch. Darwin, y por etnógrafos ecologistas, mucho más recientemente.

(Como complemento a éste, ver el Cuadro N^o 2, al final del volumen)

AÑO	ETAPA	PERIODO O MODALIDAD	CULTORES
1853	ARCAICA		
1872	ANTICUARIA O HEROICA	NATURALISTA	LAFONE QUEVEDO ZEBALLOS MORENO AMEGHINO
1900	UNIVERSITARIA O ACADEMICA	HISTORICISTA	TORRES OUTES BOMAN AMBROSETTI
1925		ETNOHISTORICA	MARQUEZ M. APARICIO
1950		HUMANISTA	SCHOBINGER BORMIDA CIGLIANO GONZALEZ MENGHIN LAFON IBARRA G. SALAS
1960	PROFESIONAL	PROTEGOMENOS	
1975		N. ARQUEOLOGIA	